



C@sas de barrio 4
Técnica mixta
25 x 17 cm
2014



COMO HACER UN PALOMA C.



Discursos y sujetos. Algunos nexos y tensiones entre las perspectivas teóricas de Michel Foucault y Ernesto Laclau*

María Virginia Quiroga**

Resumen

Este trabajo se interroga sobre las posibilidades de compatibilizar las perspectivas teóricas de Michel Foucault y de Ernesto Laclau. Para esto se revisan algunas de sus principales obras, buscando puntos de encuentro y de distanciamiento en lo que concierne, fundamentalmente, a las concepciones de sujeto y discurso. Se advierte que ambos autores coinciden en la presunción de que los discursos condicionan la constitución de las subjetividades; no obstante, se distancian en su entendimiento de la noción de discurso y, por ende, en las modalidades que adquieren los procesos de identificación. A su vez, ponen énfasis en categorías analíticas diferentes. De tal forma, antagonismos y hegemonía resultan clave en el enfoque laclauiano, y saber, poder, verdad, son centrales en la perspectiva foucaultiana. Más allá de sus especificidades, las perspectivas teóricas de Laclau y Foucault constituyen un pilar central en la crítica a los enfoques esencialistas que presentan una visión totalizante y objetiva de la realidad social; su desarrollo permite comprender que no hay discursos naturales o verdaderos, ni instaurados de una vez y para siempre.

[79]

Palabras clave

Discurso; Subjetividad; Identidad; Poder; Laclau, Ernesto; Foucault, Michel.

Fecha de recepción: febrero de 2014 • **Fecha de aprobación:** mayo de 2014

Cómo citar este artículo

Quiroga, María Virginia. (2014). Discursos y sujetos. Algunos nexos y tensiones entre las perspectivas teóricas de Michel Foucault y Ernesto Laclau. *Estudios Políticos*, 45, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, pp. 79-94.

* El presente trabajo recupera algunos aportes de la tesis doctoral *Constitución y redefinición de identidades políticas en experiencias de movilización social. La CTA [Central de Trabajadores] en Argentina y el MAS-IPSP [Movimiento al Socialismo. Instrumento Político por la Soberanía de los pueblos] en Bolivia*, en el marco del Doctorado en Estudios Sociales de América Latina, con financiamiento del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet). Asimismo, recoge parte de los debates teóricos desarrollados entre integrantes del Programa de investigación *Protesta social y organizaciones sociales. Sus repertorios y prácticas en América Latina y Argentina*, financiado por SeCyT-UNRC para el periodo 2012-2014.

** Licenciada en Ciencia Política. Doctora en Estudios Sociales de América Latina. Becaria postdoctoral del Conicet-Argentina. Investigadora en la Universidad Nacional de Río Cuarto. Correo electrónico: mvirginiaq@yahoo.com.ar

Discourses and Subjects. Some Linkages and Tensions Between the Theoretical Perspectives of Michel Foucault and Ernesto Laclau

Abstract

This paper asks about the possibilities to fit together the theoretical perspectives of Michel Foucault and Ernesto Laclau. With this aim, the article makes a review of their main works, looking for similarities and distinctions, principally around the notions of subject and discourse. Both authors coincide on the assumption that discourses determine the construct of subjectivities. However, they show different conceptions of discourse and, therefore, their identification processes assume specific characteristics. At the same time, the authors emphasize different analytical categories. Thus, while antagonisms and hegemony are keys to Laclau's approach, knowledge, power, and truth are central issues in Foucault's thought. Beyond its peculiarities, these perspectives constitute a central pillar for the critique of essentialist approaches, which display a totalizing and objective view of the social reality.. Moreover, Laclau's and Foucault's perspectives allows us to understand that there are neither natural or true discourses, nor established once and for all.

[80] **Keywords**

Discourse; Subject; Identity; Power; Laclau, Ernesto; Foucault, Michel.

Contra la ilusión óptica, el espejismo, la alucinación, el soñar despierto, el fantasma, el delirio, la perturbación del odio [...], el baluarte más seguro es nuestro amigo o nuestro enemigo, pero [...] alguien, oh dioses, alguien (Tournier, 2004, p. 63).

Introducción

El presente artículo pretende identificar aquellos puntos de convergencia y de tensión entre las perspectivas teóricas de Michel Foucault y Ernesto Laclau con centralidad en las nociones de sujeto y discurso. En ese sentido, se advierte que el desarrollo de la obra de ambos autores sufre variaciones a lo largo del tiempo, identificando distintos momentos o etapas —especialmente en el caso de Foucault—. No obstante, el objetivo del artículo no es desarrollar un análisis exhaustivo de los diferentes momentos de la obra laclauiana o foucaultiana, sino destacar los tópicos y herramientas teórico-metodológicas centrales. Asimismo, se parte de la consideración de que, más allá de sus especificidades, las apreciaciones vertidas por estos autores afianzan la ruptura con los postulados del proyecto moderno. Así, se distancian de una concepción lineal y evolucionista de la historia, del sujeto cartesiano y de la ciencia positivista basada en el conocimiento objetivo y en la neutralidad valorativa.

[81]

En primera instancia, se reconocen las contribuciones de la lingüística, la tradición hermeneútica, la fenomenología, la deconstrucción, el estructuralismo y el postestructuralismo. Estas huellas señalan campos de interés y de cuestionamiento muy cercanos, y que se suman como herencias comunes en ambos autores. No obstante, se destacan influencias particularmente significativas para cada uno de estos enfoques. Mientras las principales contribuciones al pensamiento de Foucault provinieron de los filósofos alemanes Friedrich Nietzsche y Martin Heidegger, en el caso de Laclau destaca centralmente la reinterpretación del marxismo efectuada por Antonio Gramsci.

También cabe señalar que las perspectivas en cuestión han colocado el acento en diferentes tópicos o problemas de investigación. Foucault se preocupó por desarrollar una historia crítica del pensamiento, mostrando la relación entre saber, poder y verdad. Abordó especialmente la dimensión productiva del poder, es decir, los modos por los cuales este “produce lo real, produce campos de objetos y rituales de verdad” (Foucault, [1976] 1987, p.

75). Por su parte, Laclau se dedicó a la comprensión de los modos o lógicas de construir lo político, de esta manera consolidó la distinción entre “la política” como prácticas ónticas de la acción política convencional y gubernamental, de “lo político” como dimensión ontológica referida al modo o proceso de institución discursiva de la comunidad.¹ Asimismo, mientras Foucault ha mostrado reticencia a elaborar teorías acabadas, manifestando su “horror a la totalidad” (Castro, 2011, p. 11), Laclau se ha preocupado por el desarrollo de una teoría de la hegemonía como marco principal para el análisis político.

En segunda instancia, se argumenta que ambos autores coinciden en la presunción de que el discurso constituye una práctica productora de sentido, irreductible a la lengua y a la palabra, una forma estructurante frente al sujeto. Pero, mientras para Foucault resulta pertinente realizar la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas; en la perspectiva laclauniana se amplía la categoría de discurso hasta abarcar sus propios límites, es decir, se ubica a lo “exterior” al discurso como constitutivo de él. Finalmente, se destacan algunos puntos centrales de las perspectivas de ambos autores y se sostiene que, más allá de sus diferencias generacionales y epistémicas, resultan susceptibles de dialogar y articularse.

[82] 1. De tradiciones de pensamiento y rupturas epistemológicas

Los autores en cuestión marcan la ruptura, fundamentalmente, con dos presunciones esencialistas modernas. En primer lugar, toman distancia de la noción de sujeto acabado y homogéneo. Esto supone que ningún elemento podría determinar su propio significado, sino que un discurso particular prepara el contexto para que una acción u objeto pueda tener significado.² En segundo lugar, Foucault y Laclau se apartan de una comprensión de la historia y del orden social como realidades absolutas y predeterminadas. Se pone en evidencia, entonces, la centralidad de la contingencia y el antagonismo en la constitución de las identidades.

En el caso de Foucault, estas rupturas se apoyan en un amplio arco de posturas y corrientes de pensamiento: la crítica a la metafísica de los orígenes de Nietzsche, el estructuralismo de Althusser, el psicoanálisis freudiano,

¹ En este marco, mientras las prácticas ónticas refieren al conocimiento externo de un objeto determinado; la ontología se centra en el mismo proceso de constitución de lo real. Para una profundización de este debate (lo político y la política, lo ontológico y lo óntico) véase Oliver Marchart (2009).

² Se avanza sobre esta cuestión especialmente en el segundo apartado del texto.

la Escuela de Frankfurt, la epistemología francesa de Gastón Bachelard y Georges Canguilhem, entre otras. Foucault muestra puntos de acercamiento y de fuertes discrepancias con estos legados, lo cual se manifiesta, también, en las diversas etapas por las que atraviesa la trayectoria intelectual del autor. Por ejemplo, la influencia de Bachelard, Canguilhem y el estructuralismo, se hace especialmente evidente en la etapa arqueológica, mientras que las contribuciones de Nietzsche destacan en el momento genealógico.³

En definitiva, las influencias más notorias en el pensamiento de Foucault podrían resumirse a dos autores clave: Friederich Nietzsche y Martin Heidegger. Esto es reconocido por el propio Foucault cuando sostiene:

Ciertamente Heidegger ha sido siempre, para mí, el filósofo esencial. Comencé por leer a Hegel, luego a Marx, y me puse a leer a Heidegger en 1951 o 1952; y, en 1953 o 1952, leí a Nietzsche. Tengo aquí las notas que tomé sobre Heidegger en el momento que lo leía y son más importantes que las que había tomado sobre Hegel y Marx. Todo mi devenir filosófico ha sido determinado por mi lectura de Heidegger. Pero reconozco que es Nietzsche quien ganó (Foucault citado en Castro, 2011, p. 185).

Los aportes de estos dos autores han sido fundamentales para que Foucault opere la ruptura con el sujeto cartesiano y la concepción esencialista del ser. De esa manera recuperó de Heidegger la distinción entre ente y ser, y la afirmación de que el objeto de la investigación filosófica es el *Dasein* (ser-ahí) en tanto ontología que indaga sobre los modos en que el ser realiza su existencia. De Nietzsche, heredó la sospecha sobre el valor de la verdad, el fuerte cuestionamiento al sujeto unificado y trascendental, y la crítica a la concepción de la historia como proceso lineal con leyes predeterminadas. Estos argumentos también le sirven a Foucault para tomar distancia de la fenomenología existencialista de Jean Paul Sartre que sostenía que el sentido de cualquier fenómeno debía indagarse a partir de una reflexión sobre el hombre, ya que este, condenado a la libertad y a la creación de sí mismo, era el único portador y a la vez garante del sentido. Para Foucault, en el trasfondo de todas las relaciones, sentidos y fenómenos, subyacen los juegos

[83]

³ A propósito de las variaciones en la obra de Foucault, Esther Díaz (2003) distingue tres etapas: “a) etapa arqueológica, donde predomina el tema de la verdad, desde *Historia de la locura en la época clásica* (1961) hasta la *Arqueología del saber* (1969); b) etapa genealógica con centralidad en el tema del poder, desde *El orden del discurso* (1971) hasta *La verdad y las formas Jurídicas* (1979); c) etapa ética con libros como *Historia de la sexualidad* (1984)” (p. 13). Adicionalmente, para Gilles Deleuze (1987), el devenir del pensamiento foucaultiano puede resumirse en tres interrogantes centrales: ¿qué puedo saber?, ¿qué puedo hacer?, y ¿quién soy yo?

de poder que constituyen a los sujetos, se avanzará sobre esta cuestión en el siguiente apartado.

Por su parte, el pensamiento de Ernesto Laclau ha recibido contribuciones diversas a partir de la fenomenología posheideggeriana y la concepción de los juegos de lenguaje de Ludwig Wittgenstein, hasta el postestructuralismo. El mismo Laclau (2000) puso el acento en esta última tradición identificando los aportes del análisis foucaultiano de las formaciones discursivas, el psicoanálisis lacaniano, la deconstrucción de Jacques Derrida y la semiología de Roland Barthes. Estas bases resultaron útiles para emprender una lectura crítico-deconstructiva de la perspectiva marxista. En dicha operación retomó centralmente la presunción de Louis Althusser de que los sujetos son constituidos por las prácticas ideológicas, y las nociones gramscianas de articulación, fronteras y hegemonía.

En el capítulo tres de la obra *Hegemonía y estrategia socialista*, Laclau —en coautoría con Chantal Mouffe— explicita la recuperación de los conceptos básicos del análisis gramsciano. El pensador italiano contribuyó a la superación del reduccionismo de la dominación, el economicismo y el entendimiento de la ideología como falsa conciencia. En este proceso resultó clave el potencial analítico de la noción de hegemonía, ya que le sirvió a Gramsci para explicar que una clase social lograba convertirse en hegemónica, no por simple dominación o imposición, sino por la representación de intereses de las clases subalternas; de este modo, trascendía el momento económico-corporativo en la formación de la conciencia política. No obstante, Laclau y Mouffe ([1986] 2004) identificaron dos elementos del pensamiento gramsciano que aún permanecían ligados al esencialismo:

En cuanto al plano de constitución de los sujetos hegemónicos — para Gramsci éste [sic] es, necesariamente, el plano de las clases fundamentales—; y en tanto a la unicidad del centro hegemónico —para Gramsci, excepto durante los interregnos constituidos por las crisis orgánicas, toda formación social se estructura en torno a un centro hegemónico— (Laclau y Mouffe, ([1986] 2004, p. 181).

La cita precedente manifiesta el carácter necesario de la clase social en la perspectiva de Gramsci. Esta no se concibe como el resultado de la formación hegemónica sino que refiere a supuestos sobre los que la lucha hegemónica se asienta. Frente a esto, el enfoque laclauiano sostiene que los modos de identificación se explican a partir del mismo proceso de articulación hegemónica, es decir, no hay identidades ni relaciones predeterminadas sino

que “son producto de una lucha hegemónica y de ello depende su sentido” (Laclau y Mouffe, [1986] 2004, p. 208).

En la concepción laclauniana del sujeto resulta fundamental la herencia de Jacques Lacan, ya que se trata básicamente de un “sujeto de la falta”, quien siempre necesita de otro para poder constituirse. Siguiendo a Alejandro Groppo (2009), el rol teórico de la falta intenta cuestionar la idea de la identidad como cerrada en sí misma, derivada de la posición del sujeto en la sociedad. Frente a esto: “los sujetos se constituyen interactuando unos con otros a través de prácticas individualizantes por medio de las cuales el sujeto se reconoce porque reconoce a los otros” (Trocello, 1997, p. 6). Es en esta línea de argumentación que destaca el rol del antagonismo en la constitución de identidades individuales y colectivas. Según Laclau (1990), el mismo cumple dos papeles simultáneos: bloquea la plena constitución de la identidad a la que se opone y es, a la vez, parte de las condiciones de existencia de aquella identidad. Este “otro” es condición de constitución de la identidad, es un exterior constitutivo (Laclau, 2005).

La aseveración de Foucault sobre el poder como acción sobre acción, también permitió vislumbrar la necesidad de un *Otro*. En consecuencia, no hay poder si no hay resistencia: “una relación de poder sólo [sic] puede ser articulada en base a [sic] dos elementos [...]: el otro (aquel sobre el cual es ejercido el poder) y un campo entero de respuestas, reacciones, resultados y posibles invenciones que pueden atribuirse” (Foucault, 2001, p. 15).

Esta primera ruptura, asentada sobre la crítica a la concepción moderna del sujeto, que afianza Foucault y más tarde reafirma Laclau, también acogió contribuciones del lingüista suizo Ferdinand de Saussure, para quien el lenguaje es forma, es fragmentario y discontinuo, y su fuente no está en el sujeto. La relación entre significante (costado material del signo, imagen acústica) y significado (el concepto o lo que ese signo quiere decir) es arbitraria. Cada elemento de la lengua se define por su relación con los demás, es decir, se trata de una función cuyo significado depende de su posición dentro de un sistema. Los autores en cuestión se apoyan en estas presunciones para marcar que la relación entre *les mots et les choses*⁴ (Foucault, [1968] 2001) es formal y estructural, al contrario de natural y sustancial.

Para ambos autores los objetos nunca se presentan como meras entidades existenciales, sino que su sentido deriva de una estructura fallida,

⁴ Las palabras y las cosas.

contingente y siempre disputada de lucha por la significación. En esa línea, Foucault parte del reconocimiento del carácter performativo del discurso, a la vez que advierte que el significado mismo de un objeto presupone condiciones de producción que no son en sí reducibles a la significación. De este modo, su trabajo se ha inscripto en la línea de reconstruir un estudio del lenguaje en su historicidad, en su dispersión, en su materialidad, es decir, sin referirlo ni a la sistematicidad formal de una estructura ni a la forma interpretativa del significado (Foucault, 2002).

Por su parte, Laclau se basa en una concepción discursiva de la realidad social y política, en tanto el discurso designa un complejo de elementos en que las relaciones desempeñan un rol constitutivo: "Esto significa que esos elementos no son preexistentes al complejo relacional, sino que se constituyen a través de él" (Laclau, 2005, p. 92). No obstante, esta apreciación recibió críticas por "idealista", es decir, por rechazar la existencia material de los objetos-sujetos. Frente a esto, Laclau y Mouffe han argumentado que:

[86] El hecho de que todo objeto se constituya como objeto de discurso no tiene nada que ver con la cuestión acerca de un mundo exterior al pensamiento, ni con la alternativa realismo/idealismo. Un terremoto o la caída de un ladrillo son hechos perfectamente existentes en el sentido que ocurren aquí y ahora, independientemente de mi voluntad. Pero el hecho de que su especificidad como objetos se construya en términos de fenómenos naturales o expresión de la ira de dios, depende de la estructuración de un campo discursivo... lo que se niega es [...] la afirmación de que ellos puedan constituirse como objetos al margen de su condición discursiva de emergencia (Laclau y Mouffe, [1986] 2004, p. 123).

En el segundo apartado del texto se abordarán especialmente las diferencias entre las concepciones de discurso en nuestros autores, pero antes resta marcar la ruptura con una visión objetiva de lo social. Tanto Foucault como Laclau niegan la existencia de contenidos de carácter esencial, las identidades no serían absolutas ni totalmente suturadas sino expuestas a los distintos conflictos sociales. Asimismo, coinciden en la aseveración de que si las palabras denotan determinados objetos del mundo, es porque alguien alguna vez les puso nombre a las cosas. "[...] no hay esencia inmóvil, ni unidad original a descubrir. El origen, el portador de la verdad, está enraizado en el dominio de las relaciones de fuerza, del poder" (Donda, 2003, p. 26).

En esa línea de argumentación, la construcción del tejido social referido a los lazos compartidos y *lo común* de una comunidad resulta producto de

relaciones de fuerza, que luchan por otorgar sentido a los diversos fenómenos sociales y políticos. En definitiva, la afirmación parcial de una objetividad responde a la exclusión o represión de aquello que la amenaza. El exterior no es un elemento neutral, sino el resultado de una exclusión. Esto revela dos consecuencias importantes: por un lado, la imposibilidad de erradicar por completo las relaciones de poder; y por otro, la prioridad de lo político sobre lo social.

En cuanto a la imposibilidad de erradicar el poder, Laclau (1990) sostiene que el estudio de las condiciones de existencia de una identidad social es equivalente al análisis de los mecanismos de poder que la hacen posible. De allí que la desaparición del poder implicaría la disolución completa del tejido social, por lo que transformar la sociedad supone en todos los casos la construcción de un nuevo poder, pero nunca su eliminación radical.⁵ La aceptación del carácter constitutivo del antagonismo conlleva, a su vez, el alejamiento del mito de la sociedad transparente y homogénea. Siguiendo a Laclau (1990), siempre habrá antagonismo, luchas y parcial opacidad de lo social, porque siempre habrá historia. En segundo lugar, lo político se revela como el momento de institución de lo social.⁶ “Si la heterogeneidad es constitutiva del lazo social, siempre vamos a tener una dimensión política por la cual la sociedad —y el pueblo— son constantemente reinventados” (Laclau, 2005, p. 194). En ese sentido, David Howarth, Aletta Norval y Yannis Stavrakakis (2000) sostienen que los discursos constituyen sistemas concretos de relaciones sociales y prácticas, que son intrínsecamente políticas, ya que su formación es un acto de radical institución que involucra la construcción de antagonismos y el trazado de fronteras políticas. Asimismo, suponen el ejercicio de poder en tanto la afirmación de un discurso trae consigo la exclusión de otras alternativas posibles, es decir —tal como se refirió previamente— lo social como entidad objetiva y acabada no existiría, pero sí como un sistema de relaciones sedimentadas donde las huellas del acto de afirmación hegemónica están presentes. De este modo, en algún punto la sedimentación de lo social remite a una dimensión política originaria (Laclau) o a las tecnologías de poder que hicieron posible su afianzamiento (Foucault).

[87]

⁵ Esto supone una fuerte crítica a los postulados de autores como John Holloway, Michael Hardt, Antonio Negri, Paolo Virno, entre otros, alentando la construcción de contra-poderes y asumiendo las posibilidades de construcción política por fuera del poder.

⁶ Tras la reducción de lo político a un sector regional de la sociedad y tras su absorción por parte de lo social, debemos ahora desplazarnos, según Laclau (1990), en dirección opuesta: hacia una creciente comprensión del carácter eminentemente político de cualquier identidad social.

La cuestión del poder también adquiere notoria presencia en la obra de Foucault, centralmente en su etapa genealógica. La novedad reside en referirse a la multiplicidad de poderes que se ejercen en la esfera social y no solo en la arena gubernamental. Foucault (1978) hace alusión a “una trama de poder microscópico, capilar”, que no es el poder político ni el propio de una clase privilegiada, sino el conjunto de pequeños poderes e instituciones situadas en un nivel más bajo. En ese sentido, destaca el desplazamiento que opera el autor a partir de las preguntas clásicas en torno a ¿quién detenta el poder?, ¿quién lo soporta?, y ¿en dónde está ubicado?, hacia interrogantes más profundos que indagan ¿cómo funciona? y ¿qué efectos produce?

En el trasfondo de estos postulados subyace la convicción de que el poder necesita verdades para circular o, en términos de Laclau, de discursos hegemónicos que permitan naturalizar lo social. Es así como se hace sumamente necesario profundizar la vinculación entre política, poder y discursos. El próximo apartado intenta brindar aportes en esa línea de argumentación.

2. Discursos y poder(es)

[88]

Se toma como punto de inicio la presunción compartida entre Michel Foucault y Ernesto Laclau: el discurso es una práctica productora de sentido irreductible a la lengua y a la palabra, una forma estructurante frente al sujeto. Por eso no resultaría posible dar cuenta de las prácticas discursivas por medios exclusivamente lingüísticos ni lógicos. No obstante, para Foucault es necesario distinguir entre prácticas discursivas y no discursivas; mientras que en la perspectiva laclauniana se amplía la categoría de discurso hasta abarcar sus propios límites, es decir, se ubica a lo “exterior” al discurso como constitutivo de él:

Nuestro análisis rechaza la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas y afirma: a) que todo objeto se constituye como objeto de discurso y b) que toda distinción entre lo que usualmente se denominan aspectos lingüísticos y prácticas; o bien son diferenciaciones incorrectas, o bien deben tener lugar como diferenciaciones internas a la producción social de sentido. Foucault por ejemplo, que ha mantenido una distinción —incorrecta en nuestra opinión— entre prácticas discursivas y no discursivas, cuando intenta determinar la totalidad relacional que funda la regularidad de las dispersiones de una formación discursiva, solo puede hacerlo en términos de una práctica discursiva (Laclau y Mouffe, ([1986] 2004, pp. 144-145).

En la cita anterior los mismos autores de *Hegemonía y estrategia socialista* se refieren a las diferencias con la postura de Foucault y justifican su propio punto de vista aclarando que el hecho de que todo objeto se constituya como objeto de discurso no tiene nada que ver con reducir todo a lenguaje o pensamiento, sino que afirman el carácter material de la estructura discursiva. El discurso articula acciones y objetos lingüísticos y extralingüísticos en torno a un sentido que no es absoluto sino socialmente construido y compartido: “[...] llamaremos *articulación* a toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos [sic] resulta modificada como resultado de esa práctica. A la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora la llamaremos *discurso*” (Laclau y Mouffe, [1986] 2004, pp. 142-143).⁷

Luego, Laclau y Mouffe prosiguen afirmando que la unificación de los elementos dispersos en un discurso no se explica a partir de la coherencia lógica, tampoco a partir de un sujeto como fuente de sentido. El tipo de coherencia al que se refieren los autores es cercano a la noción de “regularidad en la dispersión” de Foucault, en tanto la dispersión misma es el principio de unidad⁸ de un discurso, en la medida en que está gobernada por las complejas condiciones de existencia de los elementos dispersos. Sin embargo, las diferencias sustanciales con Foucault comienzan a vislumbrarse cuando la perspectiva laclauiana ubica a lo exterior al discurso como constitutivo de él. Esto se comprende a partir de un replanteamiento de la propuesta saussureana, que se expuso brevemente en el apartado anterior, ya que —para Laclau— el lenguaje no es un sistema de diferencias cerrado, sino abierto. Así: “la única posibilidad de tener un verdadero exterior sería que el exterior no fuera simplemente un elemento más neutral, sino el resultado de una exclusión, de algo que la totalidad expele de sí misma a fin de constituirse” (Laclau, 2005, p. 94). En ese sentido se complejiza la dicotomía entre el interior y el exterior; no habría separación tajante, sino fronteras borrosas y flexibles: “la oposición pura interior-exterior presupondría una frontera inmóvil, hipótesis que hemos rechazado como descripción de cualquier proceso real” (Laclau, 2005, p. 192).

Desde la óptica de Foucault, la distinción entre lo interior y lo exterior al discurso, lejos de ser un error, permite mostrar cómo las regularidades discursivas dependen del vínculo entre elementos que pueden ser concebidos

⁷ Cursivas en el original.

⁸ Al respecto, Foucault ([1969] 2002) rechaza cuatro hipótesis acerca del principio unificante de una formación discursiva: la referencia al mismo objeto, un estilo común en la producción de enunciados, la constancia de los conceptos y la referencia a un tema común.

como no discursivos. En *Arqueología del saber*, el filósofo francés afirma que un objeto existe en las condiciones positivas de un haz complejo de relaciones, las cuales “independientemente de todo discurso o de todo objeto de discurso, pueden ser descritas entre instituciones, técnicas, formas sociales, etc. [...] y no siempre pueden superponerse a las relaciones que son formadoras de objetos” (Foucault, [1969] 2002, p. 74). Profundizando esta línea de argumentación, en el *Orden del discurso* se reafirma el reconocimiento de elementos ajenos o externos al campo discursivo, como por ejemplo, aquellos procedimientos que permiten el control de los discursos, entre los cuales Foucault cita el “enrarecimiento” de los sujetos que hablan: “nadie entrará en el orden del discurso sino satisface ciertas exigencias o si no está, de entrada, cualificado para hacerlo” (Foucault, 1996, p. 39). Para este autor era necesario avanzar: “a partir del discurso mismo hacia sus condiciones externas de posibilidad, hacia lo que da motivo a la serie aleatoria de esos acontecimientos y que fija los límites” (Foucault, 1999, p. 53).

[90]

Vale detenerse en estas presunciones y aclarar que durante la etapa arqueológica Foucault privilegia el análisis del discurso como el conjunto de enunciados que provienen de un mismo sistema de formación y, por lo tanto, remiten a idénticas condiciones de existencia. La unidad de todo discurso es el enunciado, ligado no a un referente sino a un referencial que es el que le otorga sentido y se presenta en estrecha conexión con el lugar, la condición, el campo de emergencia de los individuos, objetos o estados de cosas. Es por eso que el filósofo francés marca la necesidad de localizar la superficie de emergencia de los objetos, considerando que las formaciones discursivas no constituyen un sistema homogéneo sino que se articulan en la dispersión.

En este contexto, Foucault introduce la noción de *episteme*, sobre la que se ubicará el criterio de coherencia de un discurso. Se trata del campo epistemológico en que los conocimientos: “hunden su positividad y manifiestan así una historia que no es la de su perfección creciente, sino la de sus condiciones de posibilidad, las configuraciones que han dado lugar a diversas formas de conocimiento empírico” (Foucault, [1968] 2001, p. 7). En definitiva, la *episteme* designa al: “conjunto total de relaciones que unifican, en un momento dado, las prácticas discursivas que dan lugar a las figuras epistemológicas, ciencias, y sistemas formalizados posibles” (Foucault, [1969] 2002, p. 323).

En adelante, tal como explica Castro (2011), Foucault sustituye la noción de *episteme* por la de dispositivo, primero, y por la de práctica, después. A medida que eso sucede, el análisis del discurso comenzará a

entrelazarse cada vez más con el análisis de lo no discursivo (instituciones, acontecimientos políticos, procesos económicos). Es decir, el dispositivo como objeto de análisis resulta más general que la *episteme*, remitiendo a una red de relaciones entre elementos heterogéneos: discursos, instituciones, arquitectura, reglamentos, códigos morales y éticos, lo dicho y lo no dicho. De este modo, Foucault aborda el estudio de dispositivos disciplinarios, carcelarios, de poder, de saber, de sexualidad. En consonancia, la arqueología del discurso cede su lugar a un análisis genealógico y ético del discurso.

En esa línea de sentido, la obra de Foucault muestra una preocupación creciente por la relación genealógica del poder con el saber como fenómeno que produce verdad. Su mirada apunta al análisis de la maquinaria de poder, entendiéndola como *tecnología* específica con tácticas y estrategias que generan discursos que se imponen como verdades. El poder tiene que ser abordado como algo que no funciona sino en cadena y transita transversalmente entre los individuos y sus relaciones: “Indudablemente el poder, considerado abstractamente, ni ve ni habla. Es un topo que solo se puede reconocer por su red de galerías, su madriguera múltiple. Pero precisamente porque ni ve ni habla, hace ver y hablar” (Deleuze, 1987, p. 111).

Podrían resumirse estos puntos en lo expresado en *Microfísica del poder*, donde Foucault (1992) sostiene que el poder no es un fenómeno de dominación masiva y homogénea de un individuo sobre los otros; tampoco un instrumento de división entre quienes lo poseen y los que no lo tienen y lo soportan. Para Foucault la microfísica del poder permite determinar cómo el poder disciplinario atraviesa los cuerpos y graba las normas en la conciencia, es decir, produce efectos, controles, necesidades, regulaciones del cuerpo social. El estudio del poder interesa aquí, más que por lo que prohíbe, reprime y censura, por lo que produce en términos de deseos, prácticas y saberes.

Bajo la óptica foucaultiana el poder no se posee, se ejerce; no es una propiedad sino una estrategia. El mismo existe solo cuando es puesto en acción y funciona al interior de una determinada relación de fuerzas, por lo que donde hay poder, habrá resistencias. Esta idea permite vislumbrar la posibilidad de que el sujeto no permanezca completamente subyugado o inanimado frente al poder. Las resistencias se encuentran diversificadas ante los innumerables micropoderes y asumen formas variables, pudiendo ser individuales o colectivas, pacíficas o violentas, espontáneas u organizadas, de corto o largo alcance.

Frente a este planteamiento, resulta pertinente la noción laclauniana de relativa estructuralidad, que deriva de la imposibilidad de suturar por completo una formación social, ya que conserva fisuras o desajustes. Por lo tanto, como la estructura nunca termina de completarse, es incapaz de determinar al sujeto en forma absoluta. En consecuencia, las identidades se encuentran solo parcialmente determinadas por la estructura.

Sobre la base de estas apreciaciones, tanto Foucault como Laclau sientan antecedentes sólidos para afirmar el carácter necesariamente disputado y redefinible de todo fenómeno social y político, así también el carácter inerradicable del poder y los antagonismos en tanto elementos constitutivos de las relaciones sociales. No se admite hablar de un discurso objetivo y una verdad absoluta porque no habría modelo de verdad que no remita a un tipo de poder, ni saber que no exprese o implique un acto de poder que se ejerce.

Conclusiones

[92] En el presente texto se han intentado rescatar algunos puntos de acercamiento y de distanciamiento entre las perspectivas de Michel Foucault y Ernesto Laclau. Ambos han establecido una importante ruptura con el pensamiento esencialista, basado en las nociones de sujeto acabado y absoluto, y la historia como curso lineal y predeterminado. A su vez, coinciden en la apreciación de que el discurso no es meramente textual o lingüístico, por lo que no puede limitarse el análisis a segmentos del habla o la escritura. Sin embargo, Foucault y Laclau no hablan exactamente de lo mismo al referirse al discurso, ya que el primero distingue entre prácticas discursivas y prácticas no discursivas, lo que resultaría inadmisibles para Laclau puesto que ningún objeto es dado fuera de condiciones discursivas de emergencia.

Es válido aclarar que a los fines de nuestro artículo, se han privilegiado algunas nociones del extenso *corpus* analítico y teórico de los autores en cuestión. Se han abordado centralmente las categorías de discurso y sujeto, y se han mencionado solo algunas de sus obras. Asimismo, se advierte que la trayectoria intelectual de Foucault y Laclau no ha permanecido inmutable a lo largo del tiempo. De esta manera, se aludió a las diferentes etapas o momentos del pensamiento foucaultiano, desde la arqueología del saber a la genealogía del sujeto moderno; en otras palabras, desde el análisis de las condiciones de posibilidad de una *episteme* y de discursos determinados, al estudio de la constitución del sujeto mediante diversas

prácticas de control y vigilancia. Por su parte, en *Política e ideología en la teoría marxista, capitalismo, fascismo, populismo* ([1978] 1980), Laclau se mostraba aún ligado al estatus privilegiado de la noción de clase. Esa visión se fue modificando progresivamente y mostró importantes diferencias con las posturas explicitadas en *Hegemonía y estrategia socialista* ([1985] 2004). A su vez, Laclau operó el desplazamiento desde pensar en procesos políticos específicos, a analizar la especificidad ontológica de la política.

Los enfoques en cuestión enseñan que los fenómenos históricos, sociales y políticos no son independientes de las interpretaciones, por lo tanto, siempre se desatarán luchas simbólicas por el otorgamiento de sentido. Asimismo, las identidades no se construyen en abstracto, ni de una vez y para siempre. Los procesos de identificación atraviesan un complejo entramado de articulaciones y sobredeterminaciones en escenarios relativamente estructurados.

Finalmente, es en el esquema teórico de estos autores donde se va tejiendo la trama que ayuda a comprender que la hegemonía puede ser desafiada. De allí que no hay situaciones naturales, actores prefijados o discursos instaurados verdaderos. Todo fenómeno social y político resulta redefinible, mediado y posiblemente reinventable.

[93]

Referencias bibliográficas

1. Castro, Edgardo. (2011). *Diccionario Foucault. Temas, conceptos y autores*. Buenos Aires: Siglo XXI.
2. Deleuze, Gilles. (1987). *Foucault*. Buenos Aires: Paidós.
3. Díaz, Esther. (2003). *La filosofía de Michel Foucault*. Buenos Aires: Biblos.
4. Donda, Cristina Solange. (2003). *Lecciones sobre Michel Foucault: saber, sujeto, institución y poder político*. Córdoba: Universitas.
5. Foucault, Michel. ([1968] 2001). *Las palabras y las cosas*. México, D. F.: Siglo XXI.
6. Foucault, Michel. ([1969] 2002). *La arqueología del saber*. México, D. F.: Siglo XXI.
7. Foucault, Michel. ([1976] 1987). *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.
8. Foucault, Michel. (1978). *La verdad y las formas jurídicas*. México, D. F.: Siglo XXI.
9. Foucault, Michel. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
10. Foucault, Michel. (1996). *El orden del discurso*. Madrid: La Piqueta.

11. Foucault, Michel. (2001). *El sujeto y el poder*. Santiago de Chile: Universidad ARCIS. Recuperado de <http://www.philosophia.cl/biblioteca/Foucault/El%20sujeto%20y%20el%20poder.pdf>

12. Foucault, Michel. (2002). *Dichos y escritos, tomo II*. Madrid: Nacional.

13. Groppo, Alejandro. (2009). *Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas*. Villa María: Eduvim.

14. Howarth, David; Norval, Aletta y Stavrakakis, Yannis (eds.). (2000). *Discourse Theory and Political Analysis*. Manchester: Manchester University.

15. Laclau, Ernesto. ([1978] 1980). *Política e ideología en la teoría marxista, capitalismo, fascismo, populismo*. México, D. F.: Siglo XXI.

16. Laclau, Ernesto. (1990). *New Reflections on the Revolution of Our Time*. Londres: Verso.

17. Laclau, Ernesto. (2000). Foreword. En: Howarth, David; Norval, Aletta y Stavrakakis, Yannis (eds.). *Discourse Theory and Political Analysis* (pp. 10-11). Manchester: Manchester University.

18. Laclau, Ernesto. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

19. Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. ([1986] 2004). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

[94] 20. Marchart, Oliver. (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

21. Tournier, Michel. (2004). *Viernes o los limbos del Pacífico*. Madrid: Alfaguara.

22. Trocello, María de los Ángeles. (1997). *Identidad colectiva ¿esencia o discurso?, una confusión peligrosa*. Congreso transformaciones del Estado en la sociedad moderna. Universidad Nacional de Rosario, Rosario.